Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VII – Paladín de doncellas

15 – Los misterios de Gaza

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

15 – Los misterios de Gaza

"De cómo, disfrazado de emir beduino, el rey El-Zâher Baïbars, sale de El Cairo y llega a la ciudad de Gaza; por el camino, se encuentra a uno de "Los hombres de Dios", que le indica que será en Gaza en donde hallará a quien ha de ayudarle a descubrir el misterio de las aguas envenenadas de Jerusalén…"

Sin perder más tiempo, el rey bajó a la sala de los disfraces y tomó la apariencia de un emir beduino; se colocó el velo del turbante de modo que disimulara los rasgos de su cara, se cubrió con una gran capa de piel de camello, y, después de encomendarse a Dios, abandonó el palacio por la poterna secreta, se presentó en las caballerizas y llamó a la puerta del *osta* Otmân.

- ¿Qué puñetas pasa ahora? –gritó Otmân desde el interior– Amos a ver ¿quién es el piazo cabrón que vié a joer a'stas horas a los palaferneros el rey?

Por toda respuesta, El-Zâher golpeó de nuevo, redoblando los aldabonazos.

- ¡No me lo pueo creer! –rezongó echando pestes Otmân– ¡Jodía noche! ¡Ni modo d'echar una cabezá con ese maricón!

- Venga, lárgate, buen hombre –le contestó a voz en grito–. ¿O'es que quiés que te den po'l culo mis cuarenta compares, uno tras otro?

- ¡Oh Tú que guías a los justos por el recto camino! –pronunció El-Zâher con su propia voz desde el otro lado de la puerta.

- ¡Ay, qué putá, si es el patrón! –susurró Otmân a sus compañeros– ¡Uy, uy, uy, qué vergüenza! ¡Eh, muchachos: tú, Harhash, hermanote mío, y tú, Oqereb, cacho hijo puta, rápido abrir al soldaito, y si pregunta por mí, pos le dicís que m'he marchao a ver a mi vieja!

Dicho esto, corrió hacia el almiar y se deslizó bajo un montón de paja molida, mientras Oqereb le abría la puerta al sultán. En cuanto el rey entró, Oqereb se arrojó a sus pies.

- ¡Oh poderoso rey, el perdón es la marca de las almas generosas! –suplicó–. No te habíamos reconocido, si no, te habríamos abierto inmediatamente.

- Está bien, está bien, dime más bien en dónde está vuestra jefe, el *osta* Otmân.

- Señor, digamos que se ha ido a ver a su madre la Gorda –respondió Oqereb señalando con un gesto expresivo en dirección del almiar de paja.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Ahora bien, Otmân, que no era tan tonto como quería que le creyeran, observaba la conversación por entre las ranuras de la puerta. Viendo el tejemaneje que se traía Oqereb, comprendió que se había descubierto su treta, y salió de su escondrijo.

- ¡Bora, Otmân! –le increpó el rey.

- Pos sí, aquí'stoy, mi soldaete, aquí'stoy entavía, y entavía más k'aquí'stoy! ¿En qué se pué servir a mi muchacho?

- Dime, pedazo de esperpento, ¿Es así como recibís a vuestros invitados?

- ¡Eh, oh, momento, soldaito! ¡Que yo; yo m'arrepentío! ¡No he vuelto hacer na malo andespués que tú me botonaras[1] mi guardipolvos! ¡Cucha, lo que yo dicía to era broma, cosa cinco minutos e rechifla!

- Bueno, dejémoslo ya. Anda, ahora ve rápido a ensillarme el caballo, que me voy de viaje.

- ¿Ah, siii? Y dime, ¿aónde te vas asín, hermanete e mis entretelas?

- No puedo decírtelo. Se trata de una misión secreta, cuanta menos gente esté al corriente, menos riesgo habrá de que se descubra.

- ¡Vaya, con k'esas tenemos! –protestó Otmân–. Pos mu bien, no tiés más que dicir "Por el Alabao, por el Santísmo" ¡yo no curro por un puñao e moneas! ¡S'acabó, ya no vy'a suar más la gota gorda en tu casa! A ver, dime, ¿no m'habías jurao tú que no tindrías sicretos pa mí, cuando nos hacimos hermanos aonde la Dama? ¡Ah, ni hablar, yo no voy de coña, y tú lo sabes! ¿No t'acuerdas ya cuando te conocí, que no tenías ni un duro, eras más piojoso que yo, con tus palaferneros, unos muertos d'hambre, y cuando ibas a beber zumo e regaliz de gorra aonde el cadi Yahya? ¿Y aquella vez en El-Omq, qu'andabais sin na pa echaros a la boca, tú y tus mamaculos? ¿Quién se fue pa Alepo a mercachiflar su cinto pa traeros algo de comer[2]?

- ¡De acuerdo, mi viejo, tú ganas! –le interrumpió el rey– ¡Pero deja ya de recriminarme de ese modo, que pareces una buena mujer! Escucha pues: voy a Jerusalén para intentar desenmascarar a un criminal que está envenenando el agua potable.

El rey le contó todo el asunto a Otmân, que en el acto recobró su buen humor.

- ¡Ah, pos si es asín, en güena hora sea! ¡Si es pa defender a los oprimíos, na que dicir! Ale, marchando, mi chavalote, y que Dios t'ayude n'el curro.

Sin perder más tiempo, Otmân corrió a ensillar un caballo; el rey saltó a la cabalgadura y salió de El Cairo. Galopando rápidamente, se reunió con la expedición que iba bajo el mando de Qalaûn, mezclándose con sus tropas, a las que acompaño durante tres días: con ello contaba con verificar el comportamiento del emir Qalaûn, por temor a que maltratara a los campesinos o les extorsionara sacándoles víveres y dinero. Ahora bien, sus temores fueron sin fundamento, porque su nuevo visir se mostraba de una probidad y equidad perfectas, tratando a la población con cuidado y generosidad. Sin duda, en el pasado, no se había comportado correctamente con Baïbars; pero la causa había sido únicamente la rivalidad que oponía a ambos hombres. Por tanto,

[1] Anteriormente, para enseñar a Otmân las reglas elementales de la moral, Baïbars asoció a cada pecado uno de los botones del guardapolvos que siempre llevaba Otmân (Ver *Flor de truhanes*).
[2] Ver *Muerte en el hamam*.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

aquellos que hablen mal del emir Qalaûn no son más que viles calumniadores; sólo Dios, exaltado sea, conoce el secreto de los corazones[1].

Dicho esto, volvamos a nuestro héroe, el rey El-Zâher Baïbars. Éste, una vez que se separó del ejército, se adentró en el desierto, y, en unos días, llegó a las proximidades de Gaza. La oscuridad ya iba cubriendo el cielo con su manto, y mientras el rey caminaba entre las dunas de arena, vio el fulgor de una linterna justo delante de él; la llevaba un hombre que andaba, aparentemente sin mucha prisa, en medio de la noche. Contento de encontrar un compañero de viaje, El-Zâher Baïbars picó a su caballo para alcanzarle, y cuando llegó a su altura –después de más esfuerzos de los que hubiera creído necesarios– vio que se trataba de un hombre de edad avanzada, cuyos rasgos parecían resplandecer con una luz interior. Le saludó conforme a las formas exigidas por la ley de los musulmanes y le preguntó que quién era y adónde iba.

- ¡Dios mío, Mahmud, pero qué mala memoria tienes! –respondió el otro sonriendo– ¿Tan pronto has olvidado a tu hermano el Hâch Mohammad el Camellero*, tu viejo compañero de la Gruta de los Cuarenta, en Damasco? Has de saber que Dios me ha concedido Su gracia, y me ha colocado entre Sus servidores, los Justos.

- ¡Por desgracia, yo no soy de los vuestros! –suspiró el rey.

- Oye, ¿vas solo y sin escolta? –repuso el sheij, cambiando de tema– ¿Con qué fin has emprendido este viaje?

- Qué más te da, hermano. Solo ruega a Dios por el éxito de la empresa que me ha confiado. Por otra parte, hay secretos que es mejor guardarlos para uno mismo…

- Mahmud –respondió el otro en tono severo–, no podrás ocultar tu secreto a un hombre como yo. Por Dios, Todopoderoso, yo te conmino a responderme: ¿no vas tú a Jerusalén para desenmascarar al criminal que envenena el agua potable?

- Ante tal juramento, no puedo negarme: sí, ese es mi objetivo, por Aquel que te ha hecho el depositario del Secreto y de la Prueba.

- Está bien, Mahmud, ve pues, y que Dios venga en tu ayuda para que asumas el destino que Él te ha asignado… Pero escucha: yo puedo darte una pista que te permitirá llegar hasta el culpable. En unos instantes, vas a llegar a Gaza: además, la ciudad está a dos pasos de aquí. Allí, vas a encontrar a un hombre que ha sufrido una gran injusticia. Tú habrás de reparar esa injusticia y le devolverás todos sus derechos, castigando al que le ha expoliado: a partir de ese momento, todo te resultará fácil, y triunfarás sin fatiga sobre el mal.

- ¿Pero dónde encontraré yo a ese hombre? –insistió el rey.

- En el primer sitio en que se detenga tu caballo, cuando hayas entrado en Gaza, oh Servidor de los Santos Lugares.

Dicho esto, el sheij Mohammed apagó de pronto su interna y desapareció. En ese momento, las primeras luces de la mañana iluminaron el cielo, y Dios hizo aparecer el

[1] Este apasionado homenaje hacia un personaje habitualmente representado bajo un aspecto odioso y ridículo no deja de sorprender; sin duda, el narrador recoge aquí el fragmento de otra versión, en la que Qalaûn –que a fin de cuentas está llamado a reinar después de Baïbars– juega un papel más positivo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

día, alumbrando todos los rincones de la tierra; El-Zâher se dio cuenta entonces de que había llegado a Gaza.

Al entrar en la ciudad se dirigió a un caravasar, muy bien construido y de hermoso aspecto; mientras Baïbars pasaba por delante de la puerta, su caballo se detuvo bruscamente, como si lo hubieran clavado al suelo.

- Aquí debe de ser donde he de encontrar al infortunado del que me habló el sheij Mohammad –se dijo El-Zâher para sí.

En el acto echó pie a tierra, y, empuñando su hacha, golpeó con el mango violentamente sobre la puerta. Al despertarse ante tanto ruido, el posadero del caravasar, se levantó de muy mal humor: y todo hay que decirlo, pero aquel caravasar en cuestión, lo frecuentaban los ricos mercaderes y los grandes *najodas*[1], gentes que no son dadas a levantarse temprano; de modo que el caravasar no se abría hasta pasadas las diez de la mañana. De modo que el posadero se fue a echar una ojeada por la mirilla de la puerta; al ver lo que le pareció ser un beduino, su furor no hizo más que crecer.

- ¡Eh, sheij de los árabes! ¿qué quieres? ¿Has terminado ya de aporrear a mi puerta?... ¡Que Dios te patee los riñones a ti y a toda tu ralea de piojosos beduinos!

- ¡Eeehh! Tabernero del diablo, ¿has acabado ya con tu cantinela? –contestó sañudo en el mismo tono–. ¡Abre maldito bellaco, que quiero alojarme aquí y guardar mi silla de montar! ¡Así que, amigo, más vale que me abras, sin más discusión!

- ¡Lárgate a tomar por saco, y que te den por culo! Esto es un caravasar de lujo, y no un vertedero: no queremos ver aquí a los deshechos del desierto, así se los lleve la peste! ¡Vamos, piérdete ya! Mira a ver en la ciudad, puede que allí encuentres un palacio de las pulgas que acepte a los beduinos.

- ¡Vamos, tengamos la fiesta en paz, amigo! Ábreme; aquí traigo un par de preciosos doblones de oro que están pidiendo cambiar de manos…

- ¡¿Oro?! –le gritó el posadero cuyos ojos brillaron avariciosos al momento– Dime, sheij de los árabes, ¿qué es lo que has robado hoy?, porque los beduinos no van repartiendo el oro así como así[2].

Ablandado de ese modo, se apresuró a abrir la puerta y acoger a su huésped, confirmando así la verdad del proverbio que dice: “sin dinero no hay amigos”.

Él mismo se ocupó de llevar el caballo del rey al establo, luego, le alojó en su propia habitación y le trató con gran amabilidad, deseoso de borrar su desagradable recibimiento:

- Cuál es tu honorable nombre, oh, sheij de los árabes.

- Sabe que yo soy el emir Numayr, del clan de los Abu Layl, tan verdad como que tú eres un sinvergüenza –respondió El-Zâher Baïbars, imitando fielmente la arrogancia de los hombres del desierto. Vengo de Acre, en donde mi tribu posee inmensas riquezas.

- Que Dios bendiga a los beduinos –le deslizó servil el posadero.

---

[1] Término persa que designa a los grandes mercaderes marítimos y mayoristas.

[2] El oro era muy raro entre los beduinos, que acostumbraban a hacer, incluso sus transacciones más importantes, con plata.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Aparte de eso, amigo, te diré que vengo muy hambriento! –repuso Baïbars– Así que toma este doblón y vete a buscarme algo que comer. Tráete también una buena pitanza para mi montura.

- ¡Demonios! ¡Otra moneda de oro! –se extrañó el posadero– Pero ¿quién diablos podrá ser este beduino?

De modo que el posadero salió corriendo a la ciudad para buscar *zlabieh*[1] con miel; volvió al caravasar en un abrir y cerrar de ojos, trajo forraje para el caballo, y depositó el plato de comida ante el sultán.

- Permíteme servirte, oh hijo de los árabes; te he traído una comida que creo que te gustará, porque sé que los beduinos son muy golosos y les encantan los dulces.

- Sí, claro, esto me gusta… pero temo haberte importunado.

- ¡En absoluto, oh emir! Aquí, el cliente es el rey… siempre que tenga dinero en el bolsillo.

El-Zâher Baïbars se acercó entonces el plato, y, tras pronunciar el nombre del Señor de la misericordia, se comió el *zlabieh* con miel; la comida le pareció muy deliciosa. Pero, mientras andaba ocupado en rebañar y tragar, vio aparecer de pronto a tres niños que llegaban en fila india, todos ellos harapientos y descalzos…

[Una laguna del manuscrito, tan grande como imprevista, nos priva del final de este episodio, que se preveía interesante. Imaginemos, de todos modos, que esos tres pequeños mendigos hubieran podido tener relación con el injustamente expoliado, al que Baïbars debía restablecer sus derechos. En cuanto al expoliador, suponemos que todos quisiéramos inclinarnos a pensar que se tratara del sinvergüenza del posadero del caravasar, pues tiene todo la pinta de ello. Pero jamás sabremos cómo Baïbars consiguió echar el guante a los criminales que aterrorizaban Jerusalén, ni tampoco cómo acabó la misión encomendada a Qalaûn en Alejandría.

La narración continúa ahora dando cuenta de una situación que ha evolucionado bastante. En principio, y muy importante, la incógnita del Caballero sin Nombre, por fin se ha aclarado: se trataba, simple y llanamente, de Ibrahim, el "hijo maldito" del capitán Hasan El-Horâni, al que Baïbars, hacía mucho tiempo, arrancó de la venganza de su padre, que iba a enterrarle vivo por un pecadillo (ver* Las infancias de Baïbars*); aunque muchos de nuestros lectores ya lo habrán comenzado a sospechar. Habiendo expiado su falta, y reconciliado con el autor de sus días, Ibrahim ha entrado al servicio del rey. Encargado de una misión secreta en Tiberíades, ha tejido unos lazos profundos con Shîha: entre estos dos hombres tan diferentes y complementarios ya se ha establecido una ambigua complicidad, hecha de admiración y afecto recíprocos, y de intercambio de favores; aunque también de una profunda desconfianza, ya que Ibrahim, al igual que el resto de los ismailíes, no ve con buenos ojos las pretensiones del Maestro de las astucias.

Pero nuevos problemas estallan en el norte del reino: Alepo ha caído en manos de un bandido franco, Raymond, el hermano de Fort-Macûl, manipulado por el malvado Yauán.

[1] Una especie de crepes fritas en aceite de sésamo y bañadas en miel.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El texto recomienza aparentemente al final de un retroceso en la historia del bandido franco Raymond, y es éste último el que habla.]

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "Paladín de doncellas":

VII.16 - "Ibrahim hace de las suyas"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6